

**BASES PARA UN DIÁLOGO GENERACIONAL SOBRE EL FUTURO DE
AMÉRICA LATINA:
UNA VENTANA AL FUTURO¹**

Martín Hopenhayn

Introducción: la juventud como oportunidad, las oportunidades para la juventud

Si queremos que la juventud represente una oportunidad para el desarrollo futuro de las sociedades de América Latina, es necesario primero que las sociedades le brinden mayores oportunidades a la juventud.

Los jóvenes son una oportunidad para el desarrollo futuro de América Latina por diversas razones. Cuentan, en comparación con los adultos, con mayor educación y más sintonía con las nuevas tecnologías de información y comunicación, lo que los convierte en la generación con el potencial para transitar hacia la sociedad de la información e incorporar conocimientos y capital humano en la estructura productiva. Con más capital humano acumulado, más tiempo expuesta a los circuitos educativos, y mayor familiaridad con los sistemas interactivos de comunicación y de búsqueda y procesamiento de información, la juventud está llamada a hacer del conocimiento y la comunicación grandes ejes de integración social hacia el futuro.

Los y las jóvenes latinoamericanos son innovadores en formas de participación, crecieron con el imaginario de la democracia y los derechos humanos, y son la generación más sensible a la cuestión ambiental y los reclamos históricos de minorías de distinto tipo. Esto les confiere también el mayor potencial para los nuevos desafíos de la política tanto nacional como global, donde conviven los imperativos del multiculturalismo, la ecología, la democracia y los derechos.

A la juventud le sobra plasticidad para recrear la oferta de la industria cultural y los imaginarios urbanos, vale decir, constituyen los protagonistas en la transformación cultural de las ciudades latinoamericanas y son, más que nadie, quienes pueden enriquecer dicho proceso con nuevos bríos. Diversificada en expresiones y gustos estéticos, capaz de reconstruir identidades colectivas sobre la base de expresiones tanto locales como globales, la juventud será el actor clave para abordar creativamente el patrimonio cultural y tender puentes de ida y vuelta entre lenguajes locales y los flujos globales. Es decir, para los nuevos mapas de la globalización de la cultura.

La juventud se adapta más fácilmente a cambios en la organización del trabajo. Se lo permite su aprendizaje mayor en la flexibilidad y el cambio organizacional, y el

¹ Nota del autor: Este documento se basa en gran medida en la publicación CEPAL-SEGIB-OIJ, *Juventud y cohesión social en Iberoamérica: un modelo para armar* (2008), de la cual Martín Hopenhayn fue coordinador general. Se ha prescindido aquí de citas y referencias bibliográficas por tratarse sobre todo de un documento de discusión.

hecho de que han crecido en un período de intensos cambios en estructuras familiares, modelos de comunicación y adaptación cognitiva en los nuevos usos de tecnología. Por lo mismo, será la juventud el actor imprescindible en dinamizar nuevas formas en que la sociedad se organiza para producir bienes y servicios. No significa esto que los y las jóvenes terminen siendo el resorte de la precarización laboral, sino todo lo contrario: el actor destinado a traducir la flexibilidad organizacional en mayor bienestar y más satisfacción en el trabajo.

Los y las jóvenes capitalizan con mayor facilidad las posibilidades de construir redes virtuales en torno a todos los temas, aspiraciones, demandas y motivos. Esta mayor familiaridad con la lógica de redes marcará la política y las políticas en el futuro, sobre la base de comunicación a distancia, retroalimentación continua y redes de capital social (donde los vínculos simbólicos se traducen luego en logros materiales). En efecto, en el futuro las redes de capital social serán cada vez más necesarias para hacer parte de dinámicas de inclusión colectiva, y para potenciar redes de relaciones que permitan responder a las aspiraciones de los grupos. En todo ello la juventud de hoy está adquiriendo las prácticas necesarias para los desafíos del mañana.

Por último, la propia juventud está redefiniendo lo que se entiende por inclusión social. Para muchos jóvenes ésta no radica exclusivamente en el empleo y la educación formal, sino cada vez más en participar de la comunicación a distancia, poder integrarse a nuevos espacios físicos por medio de la migración, gestionar recursos y servicios de manera colectiva a través del uso estratégico de información, participar en redes donde la expresividad y la estética constituyen los campos de reconocimiento recíproco, hacer parte de movimientos sociales y asociaciones de pares generacionales para los más diversos fines. Menos estable y más diversificada, la inclusión recrea entre jóvenes sus alfabetos. Y desafía al mundo adulto a reconstruir sus esquemas mentales sobre la forma de estar en la sociedad.

Todo lo anterior converge en una evidencia, a saber, *que la juventud es una oportunidad para el desarrollo futuro en todos los campos*. Pero para eso la juventud debe tener oportunidades, vale decir, acceso al protagonismo que le permita, en diálogo con las generaciones mayores, avanzar hacia la sociedad en los sentidos antes señalados. Y allí es donde enfrentamos serias limitaciones y bloqueos.

El primero de ellos es la falta de acceso a empleo de calidad, lo que impide que la juventud ponga sus capacidades al servicio de la mayor productividad de la sociedad. Además, en el trabajo enfrentan más precariedad que flexibilidad, y con frecuencia lo segundo se convierte en eufemismo de lo primero.

El segundo es la segmentación de la educación según niveles socioeconómicos de las familias, que marca luego las trayectorias laborales de la juventud, y perpetúa la reproducción intergeneracional de la desigualdad y la pobreza. Además, la educación no logra constituir una oferta de calidad para aprovechar todas las posibilidades de aprendizaje de la juventud, con lo cual no logra hacer de la juventud el motor de un salto cualitativo en el capital humano de la sociedad.

La tercera es la dificultad que tiene la juventud para verse representada por las instituciones políticas y el sistema de partidos, pues se ha abierto una brecha entre el discurso político, por un lado, y los cambios en la vida cotidiana, la cultura y la sociabilidad juvenil, por el otro. Esto merma la participación de la juventud en las instituciones deliberativas y representativas, y pone un signo de pregunta sobre el recambio generacional en los liderazgos políticos y en la forma de hacer política.

La cuarta dificultad está relacionada con la visión estigmatizada que se tiene de la juventud en los medios de comunicación, sobre todo si es la juventud popular urbana. Asociada a consumo de drogas, deserción escolar, violencia y delincuencia, falta de responsabilidad y de valores, la imagen de lo juvenil en la sociedad se ve injustamente denostada por el sensacionalismo mediático, el temor de los adultos, en fin, los múltiples fantasmas que acechan en el imaginario social.

Pero en oportunidades para la juventud no todo es mala noticia. Están también las auspiciosas. En primer lugar, el último lustro ha sido favorable para la región en crecimiento económico, términos de intercambio comercial, vigorización de la política social en la agenda pública, recuperación del empleo, reducción de la pobreza y la indigencia, y la continuidad de regímenes democráticos en todos los países. En este marco, de la mano del crecimiento económico el desempleo juvenil tiende a bajar en lo que va de esta década. Su descenso beneficia, en diversa medida, a jóvenes de distintos niveles de ingreso. Además, en la región el patrón de crecimiento en esta década está más vinculado a la expansión del empleo productivo que en la década pasada. Hoy día, sin embargo, los efectos de la crisis financiera desatada a fines del 2008 se traslada en América Latina a las economías reales, poniendo un signo de interrogación sobre la continuidad de estos logros incipientes del quinquenio precedente. Por un tiempo es posible que esto afecte negativamente el empleo juvenil.

La juventud tiene, en términos generales, niveles cada vez mayores de educación (en comparación con los adultos) que a la larga redundan en mayores oportunidades de inclusión social. Paralelamente, la expansión de la conectividad empieza ahora a beneficiar a nuevas generaciones en todos los niveles sociales (si bien no homogéneamente), al extenderse el acceso a través del sistema escolar desde la primaria, nivel en que la mayoría de niños y adolescentes están escolarizados. El desafío es avanzar en mayor igualdad de logros educativos entre jóvenes de distintos niveles de ingresos familiares, zonas de residencia e identidades étnicas. Y complementar saltos en educación con políticas que reconstruyan los eslabones perdidos en el tránsito de la educación al trabajo, mediante programas de acceso a un primer empleo, capacitación con prácticas en el trabajo y certificación de competencias, entre otros.

Si bien el mayor manejo que tiene la juventud de las tecnologías de información y comunicación no se ve reflejado en su acceso y presencia en *la* política, por otro lado está en juego su capacidad para redefinir *lo* político. De este modo, la preocupación por lo público se recrea, no se desvanece. Y lo hace en espacios locales, en redes virtuales, en movilizaciones en torno a nuevas agendas, en formas flexibles de

acción colectiva. Todo esto hace parte de un nuevo mapa de lo político, no de su negación. Y muchas de estas iniciativas tienen a jóvenes por protagonistas.

Además, de mantenerse (o retomarse) la tendencia a menor desempleo juvenil, combinado con mayor cobertura educativa en los tramos de edad de la juventud, se reduce el nivel de *desafiliación institucional*, vale decir, el porcentaje de jóvenes que no estudia ni trabaja o de las jóvenes mujeres que se ocupan sólo en labores domésticas no remuneradas, y que por lo tanto en su vida cotidiana están “descohesionados” respecto del resto de la sociedad. Si la desafiliación institucional es una situación de riesgo en términos de violencia y victimización, así como de falta de esperanzas de futuro en la vida personal, también constituye un estigma que se impone sobre este sector de jóvenes en términos de discriminación, desconfianza y exclusión social. Por ello, es signo positivo el que esta situación afecte a menos jóvenes.

En las páginas siguientes se busca desarrollar esta dialéctica entre “la juventud como oportunidad para el desarrollo” y “el desarrollo como oportunidad para la juventud”. Esta complementariedad será vista en algunas dimensiones claves para un diálogo (inter)generacional en torno al futuro. Tal diálogo es imprescindible hoy, porque los cambios son tan rápidos que exacerban las brechas entre generaciones y amenazan con mayor conflicto intergeneracional a futuro. Y es imprescindible, también, porque una visión de futuro acorde al amplio rango de oportunidades que se abren, necesita fecundar mutuamente la perspectiva histórica con los nuevos signos.

1. Transición demográfica: aprovechar el bono demográfico hoy para sostener la mochila demográfica mañana

El cambio en la estructura de edades incidirá de maneras cambiantes, en las oportunidades a las que acceden los jóvenes. Todos los países latinoamericanos viven transiciones demográficas, si bien en fases distintas, lo que implica: i) cambios en la proporción de jóvenes respecto del total de la población, respecto de la población infantil, la población adulta y la población de personas mayores; ii) cambios en la relación entre porcentaje de población en edad productiva y en edad dependiente, considerando que la fase de bono demográfico implica al menos dos personas entre 15 y 60 años de edad por cada persona en otras edades; iii) cambios en la composición de las familias y del rol de los jóvenes en ellas, dada la disminución de niños menores y la mayor permanencia de jóvenes en hogares de origen, iv) cambios en la congestión o descongestión de oferta y demanda de bienes públicos como la salud y la educación para la juventud, según el peso relativo de grupos de edades en las demandas al Estado; y v) cambios en el acceso al empleo por jóvenes, según aumenta o descende el peso relativo de jóvenes y de adultos no-jóvenes todavía en edad productiva.

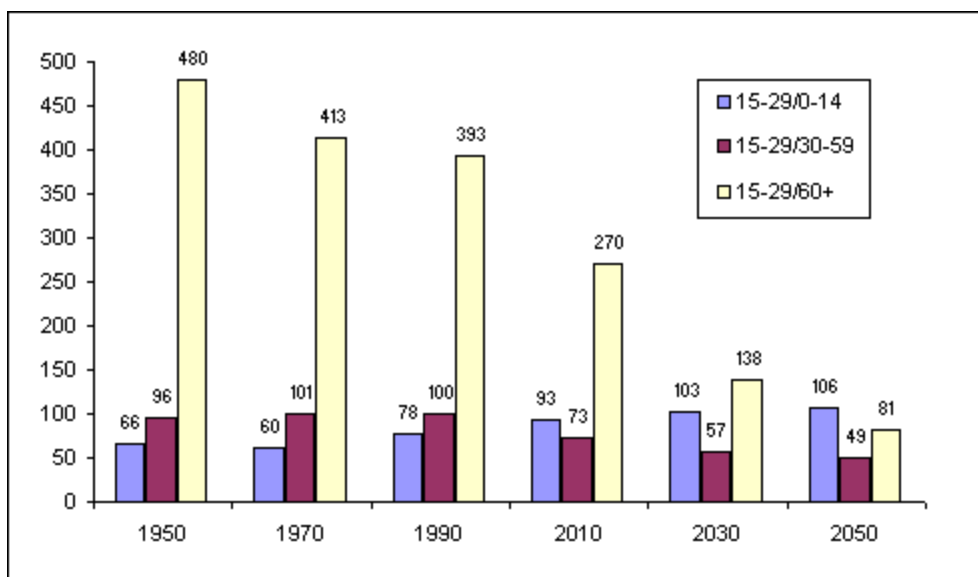
En general, la transición demográfica en su primera fase se caracteriza por mayor población infantil, luego mayor población juvenil relativa, posteriormente una mayor población relativa en la fase productiva adulta y finalmente un aumento relativo de la población envejecida. *Países con incremento relativo de jóvenes en relación a los niños plantean la necesidad de poner mayor énfasis en la enseñanza secundaria y*

superior, y en la transición de la educación al empleo. Por otra parte, al disminuir luego la proporción de jóvenes se presenta una oportunidad única para mejorar la inversión educativa por alumno, así como prestar especial atención a la transición de la educación al empleo. En suma: *es importante fortalecer el capital humano entre jóvenes y aprovechar así el “bono demográfico” como palanca del desarrollo.*

El descenso en la población juvenil como proporción de la población total, junto al mayor descenso porcentual de la población infantil, abre una ventana de oportunidades para invertir en los y las jóvenes. Es esa la inflexión histórica-demográfica que vivimos: un desplazamiento de población infantil hacia población juvenil, y a la vez un descenso incipiente de la población juvenil, mientras todavía no crece demasiado la proporción adultos mayores, que ha sido históricamente muy minoritaria (ver gráfico 1). Todo esto posibilita una mejor relación entre oferta y demanda de educación para niveles del sistema educativo propios de las edades juveniles.

Esta situación, empero, va contra el reloj. Conforme avanza la transición demográfica, aumenta significativamente la proporción de personas mayores. Esto significa que recursos públicos antes destinados a otros fines, tendrán que ir orientándose cada vez más hacia los problemas crónicos de salud derivados del envejecimiento y las pensiones de la población envejecida. Es esa la fase crítica del desarrollo respecto de la sostenibilidad del Estado de Bienestar, a saber, cuando aumenta el peso relativo de la población dependiente respecto de la productiva por causa del envejecimiento de la población. Esto entraña mayores dificultades de crecer económicamente frente a los costos crecientes derivados de esta pirámide de edades.

Gráfico 1
Relación entre la población joven (15-29 años) y otros grupos de edad,
América Latina, 1950-2050



Fuente: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) - División de Población de la CEPAL, Estimaciones y proyecciones de población, 2007.

El desafío generacional hacia el futuro en estas transiciones demográficas es múltiple. En primer lugar, hay una ventana de oportunidades que permite mayor holgura para invertir hoy en el capital humano de la juventud actual. En segundo lugar, es imprescindible que esa juventud adquiera mayor capital humano para ser más productiva en los años venideros, pues se requerirá una población activa de alta productividad cuando la disminuya proporción de población en edad productiva frente a la población en edad dependiente (sobre todo del lado de la población envejecida). Se requerirá, entonces, multiplicar recursos para la protección social de las personas mayores. De allí que la juventud de hoy debe ser más productiva mañana: *más oportunidades para la juventud actual implica hacer de la juventud una oportunidad para la sostenibilidad del desarrollo en el futuro.*

De manera que lo que es hoy un bono, mañana será una mochila. Para sostenerla se requerirá una población activa altamente productiva. *No hay tiempo de espera entonces para aprovechar la ventana de oportunidades e invertir en calidad y cobertura educativas para la fase juvenil actual, y su transición al mundo del trabajo.*

2. Educación: cerrar las brechas, potenciar las oportunidades

La *educación* es el principal mecanismo que permite avanzar en mayor igualdad de oportunidades, mejor capital humano para los saltos productivos de la sociedad, formación de ciudadanos activos y respetuosos de los derechos, mayor familiaridad con nuevos referentes culturales, acceso al mercado laboral con mayores opciones y tránsito hacia la sociedad del conocimiento.

Por lo mismo, la educación debe apostar a formar sujetos a la altura de los desafíos: un sujeto capaz de adaptarse a los cambios productivos a lo largo de su vida, de dialogar activamente en espacios decisorios, ejercer sus derechos de participación en lo público, contar con capacidad de gestión y de uso de información estratégica, promover y respetar la diversidad cultural, los derechos humanos y el cuidado ambiental, y disposición a usar los nuevos medios de comunicación a fin de participar activamente del intercambio simbólico en la sociedad. ¡Ni más ni menos!

Hoy día esta es cuenta pendiente. En primer lugar, por las tremendas brechas en oportunidades educacionales entre distintos grupos de jóvenes según su origen social, geográfico y étnico. Si la conclusión de educación secundaria es el umbral para que la próxima generación pueda insertarse productivamente con claras posibilidades de salir de la pobreza y aumentar su productividad, lo que tenemos como promedio simple para los países latinoamericanos es una situación de profundas asimetrías. A excepción de la variable de género, en que hoy las mujeres ya tienen, en promedio, más logros educativos que los hombres entre jóvenes, el resto habla por sí solo, considerando datos del 2005, en promedio para los países latinoamericanos: 20.4% de jóvenes de 20-24 años en el primer quintil y 78.6% en el quinto quintil completaron

secundaria, índices que son de 23.0 para jóvenes rurales y 56.4 para jóvenes urbanos, 35.1 para jóvenes indígenas y 50.4 para no indígenas, 31.7 para hijos de padres con primaria incompleta y 91.4 para hijos de padres con universitaria completa. Y en conclusión de educación universitaria, si bien son niveles bajos en todos los grupos (salvo hijos de padres con universitaria completa y en menor medida, en hogares del quinto quintil), las brechas son aún mayores. Con estos contrastes, difícil pensar que la educación pueda hacer de palanca de movilidad social en el ciclo vital posterior, de igualación de oportunidades en la sociedad del futuro y de un aumento significativo en el capital humano de la sociedad.

Es fundamental que la sociedad perciba que la educación es una institución clave para igualar oportunidades y promover un orden más meritocrático, donde todas las personas tengan la opción de desarrollar sus capacidades y, más tarde, usarlas productivamente y en el pleno ejercicio de la ciudadanía. El sentido de pertenencia a la sociedad se ve así fortalecido desde un sistema educativo que todos perciben como justo, y que sirve a la equidad intergeneracional.

Los jóvenes son una oportunidad. Al respecto es auspicioso que la conclusión de enseñanza secundaria se expanda sostenidamente en la región y beneficie también a jóvenes de distintos grupos sociales. Pero el desafío en el sistema educativo, sobre todo para las edades juveniles (secundaria y terciaria), sigue siendo aumentar la cobertura, progresión y conclusión, junto con mejorar la calidad de sus contenidos curriculares.

Para ello es necesario revisar la composición del gasto en educación por niveles. La reciente progresión educativa lleva hoy a la mayoría de los adolescentes a estar matriculados al comienzo de la secundaria; y dado el cambio demográfico, disminuye la proporción de niños frente a la de jóvenes en el total de la población. Por lo mismo, es preciso aumentar la inversión en educación secundaria, contar con incentivos coherentes para mejorar la oferta (docentes, directivos, planificadores), asegurar la permanencia de los alumnos en el sistema, y mejorar la calidad y la pertinencia, actualizando contenidos, tecnologías y métodos con que se transmiten conocimientos.

En la dimensión sociopolítica, la educación puede efectivamente contribuir a fortalecer la democracia en el tejido social. El ejercicio ciudadano no remite sólo a disponer de derechos políticos, civiles y sociales, sino también a participar en condiciones de mayor igualdad en el intercambio comunicativo, en el consumo cultural, en el manejo de la información y en el acceso a los espacios públicos.

En la dimensión de inclusión social y ciclo de vida, es fundamental fortalecer el eslabón que vincula la adquisición de conocimientos y destrezas, por un lado, con su uso productivo, por el otro. Vale decir, el paso de la educación al trabajo. Ese eslabón está debilitado, y hoy la juventud, si bien diversa en logros educacionales, en general padece una disonancia entre tener más logros educacionales que los adultos, pero menores oportunidades laborales. Esto puede generar mayores tensiones entre adultos y jóvenes, una percepción extendida sobre fallas en la meritocracia y menor confianza tanto en el futuro como en las instituciones de integración social.

En la formación de valores y actitudes la educación cumple también un rol decisivo para ayudar a revertir las seculares formas de discriminación étnica, cultural, racial y de género; y promover una cultura ampliada de respeto a los derechos humanos. El mundo del futuro necesita sujetos que vivan proactivamente el tejido intercultural y de diversidad étnica que es nuestra historia, nuestro presente y nuestro futuro. La educación, sobre todo en las edades juveniles donde es posible una mayor conciencia respecto del valor de la diversidad, debe apuntar en esa dirección. Tanto en los códigos implícitos de relación en la escuela como en los contenidos impartidos, es importante que los educandos interioricen la valoración positiva de la igualdad de derechos y de respeto a las diferencias por género, etnia, raza, cultura, capacidades especiales y lugar de origen. *Si uno de los grandes desafíos del desarrollo a futuro es conjugar igualdad con diversidad, la juventud debe socializarse educativamente en ello.*

Cabe, por último, enfatizar la relación entre "educar para la diferencia" y "educar para la ciudadanía". El aprendizaje de la diferencia o de la pluralidad cultural no debe entenderse como una materia más (al estilo de la geografía, la historia o la antropología), sino sobre todo, como nuevas formas de relación al interior de la escuela. Esto convierte el aprendizaje de la diferencia en aprendizaje de ciudadanía: aprender a ponerse en el lugar del otro, entender la reciprocidad en dignidad y derechos.

3. Conectividad y avances hacia la sociedad de la información

La sociedad de la información no sólo supone la incorporación intensiva de innovación y conocimiento en el aparato productivo, sino también un cambio en la vida de las personas. En estos cambios, la conectividad y la información en red son fundamentales. La comunicación de ida y vuelta a distancia se abre paso como espacio para incrementar capacidades y oportunidades, pues revoluciona el acceso a la información y el conocimiento, a la participación en grupos, a la gestión de recursos y proyectos, en fin, a opciones sin límite de recreación y consumo simbólico.

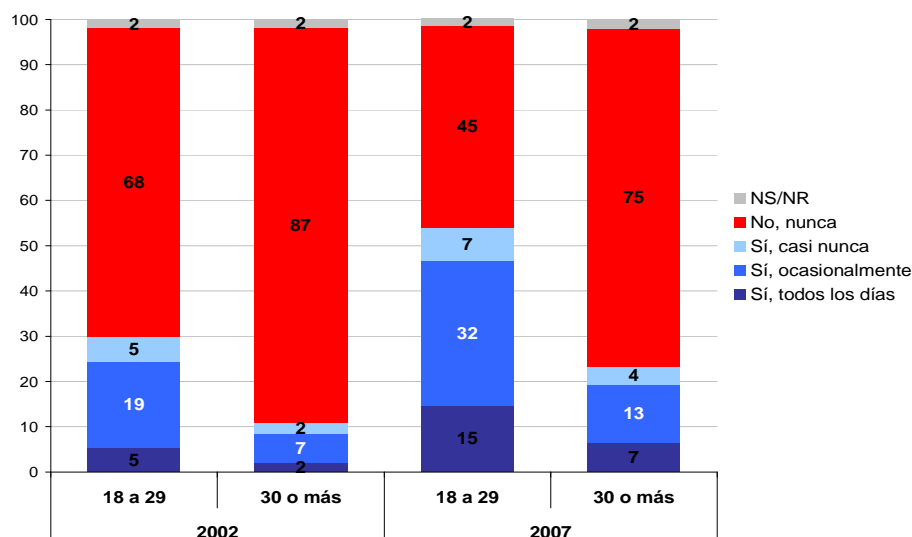
Esto es especialmente válido para las nuevas generaciones, donde la conectividad es mucho mayor. La expansión de acceso a Internet sigue un ritmo exponencial en la juventud, por los espacios que frecuenta y porque tiene más ductilidad que los adultos para asimilar nuevos lenguajes y más facilidad para "aprender usando", sobre todo cuando se trata de ingresar al nuevo mundo de las tecnologías interactivas. Son los y las jóvenes quienes emprenderán no sólo cambios productivos y organizacionales, sino también de comunicación y cultura. En estos cambios es central la apropiación y uso de TICs (tecnologías de información y comunicación).

El Gráfico 2 muestra la mayor conectividad de jóvenes frente a adultos. El uso ocasional y cotidiano de Internet hacia el 2007 abarca a la mitad de los jóvenes de 18 a 29 y sólo a un quinto de los adultos. Estas diferencias son bastante más marcadas si se incluye entre los jóvenes a los de 15 a 17 años.² Además, esta proporción de

² Lamentablemente la fuente de datos sólo incluye a mayores de edad, a partir de los 18 años.

jóvenes conectados (ocasionales y cotidianos) se duplicó entre el 2002 y el 2007 como promedio latinoamericano, lo que sugiere un ritmo de expansión intenso.

Gráfico 2
América Latina: Uso de Internet según edad, 2002 y 2007.
(Porcentaje)



Fuente: CEPAL, Tabulaciones especiales Latinobarómetro 2002 y 2007.

Nota: a/. Los datos corresponden a respuestas frente a preguntas relativamente diferentes: *¿Alguna vez en su vida ha navegado en la Web?* (2002) y *¿Alguna vez en su vida ha usado correo electrónico o se ha conectado a Internet?* (2007).

La juventud no sólo se conecta con más frecuencia, sino con mayor plasticidad. Es más dúctil para usos más diversificados y simultáneos de Internet, vale decir, desarrolla con mayor naturalidad la capacidad para procesar información y usarla en red, y hacerlo de manera más sincrónica. De modo que el vínculo de los jóvenes con las TIC marca una diferencia cognitiva y perceptiva de los jóvenes respecto de los adultos. Prepara para sintetizar información y movilizarla como recurso productivo.

Este protagonismo y ventaja de los y las jóvenes en el acceso y uso de las TICs plantea interrogantes sobre la brecha entre generaciones y entre jóvenes. Si este uso implica un salto cualitativo en mapas cognitivos y formas de pensar y sentir, la brecha de edad en acceso y uso de TICs a la vez genera brechas fuertes entre generaciones. Y si las TICs se difunden entre jóvenes de distintos grupos de ingreso, y facilitan la comunicación a distancia, constituyen un medio inédito para reducir brechas, tender puentes y facilitar la cohesión social en las nuevas generaciones. Por el contrario, la brecha digital entre jóvenes de distintos grupos sociales y con niveles educativos dispares exacerba las desigualdades sociales en un amplio rango de oportunidades para el futuro.

La relación entre conectividad y cohesión social es auspiciosa e inquietante. Como medio, la conectividad ayuda a reconstruir canales de cohesión social,

democratizando acceso a información y a redes de relaciones. Como fin en sí mismo, abre la pregunta sobre nuevas formas de cohesión social, donde la comunicación a distancia cobra mayor protagonismo. Como brecha en conectividad, la pregunta es si exacerba brechas pre-existentes en ingresos y otros activos, minando la cohesión social.

El mayor acceso, uso y ductilidad en esta materia por parte de las nuevas generaciones hace de la juventud el protagonista natural en la transición hacia la sociedad de la información y comunicación en América Latina. Dada la profundidad y magnitud de cambios que entraña la conectividad, esta asimetría generacional plantea a la vez la amenaza de las brechas y el desafío a tender puentes entre esas mismas brechas. Así, el diálogo generacional debe plantearse aquí la bisagra de ida y vuelta: abrir protagonismo a la juventud como oportunidad de transición hacia la sociedad de información y comunicación; y abrirle espacio a la juventud para que tenga mayores oportunidades de universalizar acceso a conectividad, y para que pueda traducir este acceso en mayor inclusión social.

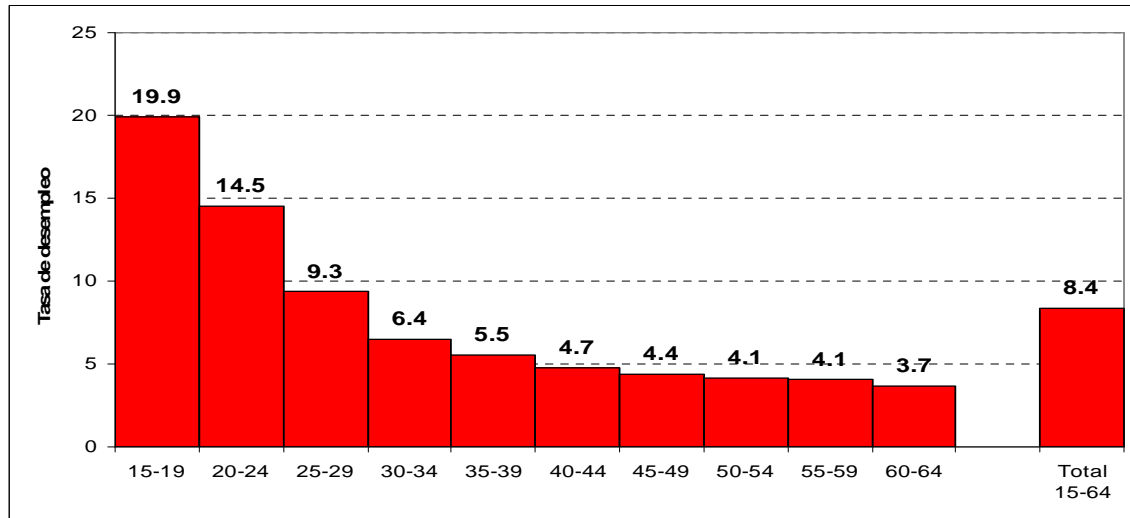
4. Empleo y trabajo: el eslabón perdido de la juventud

Sin duda el empleo continúa siendo el pilar esencial de la inclusión social. Hacer parte activa del mundo del trabajo fortalece el acceso al bienestar por vía de ingresos continuos. Robustece, por otro lado, el sentido de pertenencia de las personas, en la medida que éstas se perciban contribuyendo al progreso colectivo y haciendo parte de un sistema instituido de aportes y retribuciones.

Como ya se señaló, existe mayor acumulación de capital educativo hoy entre jóvenes que entre adultos. Al mismo tiempo, la educación es un espacio en el que se internalizan expectativas de futuro. Más aún, uno de los principales, sino el principal estímulo para permanecer y progresar en el ciclo educativo es la idea de que “a más educación presente, mayores oportunidades laborales futuras”. De manera que la juventud, junto con tener más años de escolaridad, probablemente ha alimentado expectativas que se vuelcan principalmente hacia el mundo del trabajo.

Sin embargo, cuando vemos los datos que comparan condiciones y oportunidades de empleo entre adultos y jóvenes en el mercado laboral, salta a la vista que la situación, en términos gruesos, es más dura para las nuevas que para las viejas generaciones. Conforme a datos de las encuestas de hogares procesadas por la CEPAL para 17 países latinoamericanos, el desempleo juvenil era 2.68 veces mayor que el desempleo adulto en 1990, 2,30 veces mayor en el 2000 y 2,73 veces superior en el 2005 (con tasas promedio de desempleo de 12.8, 16.1 y 12.5% entre jóvenes para esos años). Por otra parte, y conforme a la misma fuente, la proporción de jóvenes en el mercado de trabajo que están ocupados en empleos de baja productividad (bajos ingresos, carentes de seguridad social y de contratos estables), se ha mantenido alta, con un descenso moderado reciente debido a cinco años sostenidos de crecimiento económico: 47.7% en el 1990, 49.8% en el 2000, y 44.3% en el 2005.

Gráfico 3
América Latina (18 países): Tasa de desempleo en distintos grupos etarios, alrededor de 2005



Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

El caso de las jóvenes mujeres es más dramático. Actualmente tienen, en la población juvenil, mayor tasa de conclusión de secundaria (51.8% vs. 46.3% hacia el 2005, a favor de las jóvenes mujeres, como promedio para 17 países latinoamericanos). Y aun con más educación, sufren mayor tasa de desempleo que sus coetáneos masculinos (15.8 vs. 10.2% en el 2005) y, a igual nivel educativo y de ocupación, perciben, como mínimo, 20% menos de ingresos que sus pares hombres en el empleo. A esto cabe agregar que terminan desempeñando el grueso de las tareas del hogar.

Si el empleo constituye, junto a la educación, el mecanismo privilegiado de inclusión social, también aquí hay brechas fuertes entre jóvenes de distintos grupos en América Latina. Estas brechas se observan en niveles de ingreso, en tasas de desempleo, en trabajos de baja productividad y en jóvenes que no estudian ni trabajan. Hacia el 2005, mientras en jóvenes del primer quintil de ingresos la tasa de desempleo promedio era de 24.2% en el 2005, la misma bajaba sistemáticamente a medida que sube el quintil de ingresos de los hogares, hasta llegar al 6.6% en el quinto quintil. La brecha de género también era importante para el 2005: 15.8% de las mujeres de 15 a 29 años desempleadas, y 10.2% de los hombres.

La situación plantea retos intra e intergeneracionales. Por un lado, es fundamental reducir a futuro la brecha en acceso a empleo, y sobre todo a empleo de calidad, entre jóvenes de distintos niveles de ingreso y género. Esto requiere, por otro lado, reducir las brechas en logros educativos, pues las cifras también muestran con elocuencia que a menor logro educativo, mayor probabilidad de confinarse para toda la vida en empleos informales, desprotegidos, inestables y de baja productividad, lo que reproduce a su vez los bajos ingresos de las familias de origen en las familias de la generación siguiente.

Es necesario reducir las brechas de desempleo entre adultos y jóvenes, pues éstas indican mayor bloqueo de acceso al empleo para la juventud. Esto es importante para mitigar tensiones entre generaciones en la lucha por puestos de trabajo, y por el nuevo tipo de destrezas que la juventud aporta a la productividad. Subutilizar el capital humano juvenil es una pérdida que los países no se pueden permitir en el salto hacia economías más productivas y con mayor incorporación de valor agregado en conocimientos, uso de tecnologías, nuevas destrezas cognitivas y formas novedosas de organización.

También aquí es de suma importancia construir un *contrato social* entre el mundo juvenil, el mundo sindical, el mundo empresarial y los gobiernos. Este contrato social debe apuntar a mayores oportunidades de empleo para los y las jóvenes (sobre todo el acceso al primer empleo); sistemas de información que permitan ubicar a la juventud en empleos donde puedan contribuir con sus destrezas y competencias específicas a elevar la producción y redinamizar la organización del trabajo; y eliminar la discriminación por género tanto en acceso a empleo como en remuneraciones y estabilidad laboral.

La *empleabilidad* de los y las jóvenes requiere conciliar capital humano (educación y capacitación de buena calidad) reconocimiento de competencias y oportunidades de práctica en el mundo del empleo para la juventud. Por otra parte, en la conciliación entre educación y trabajo (jóvenes que estudian y trabajan a la vez) es necesario pasar de un círculo vicioso a un círculo virtuoso. En el primer caso, el trabajo precoz y forzado por la precariedad de ingresos del hogar lleva finalmente a enormes desventajas en el tiempo para educarse, y muchas veces merma el aprendizaje y su continuidad. En el círculo virtuoso, por el contrario, el trabajo, idealmente a tiempo parcial, constituye una experiencia inicial, una forma complementaria de aprender haciendo, y una manera de incrementar capital social y redes de relaciones, lo que hace que los logros educativos puedan potenciarse mucho más. Además, puesto que las transiciones al mundo adulto y laboral suelen ser largas, una combinación adecuada de estudio y trabajo puede ayudar a los y las jóvenes a desarrollar estrategias laborales individuales, y reconocer las propias capacidades que les son necesarias para dar los primeros pasos en la actividad laboral. *Tanto más importante es facilitar esta combinación virtuosa a quienes, por los hogares de origen y entornos en que viven, tienen desventajas relativas en redes de relaciones y en capital social.*

Son muchos los campos que pueden facilitar la inserción laboral de la juventud, sobre todo en sectores de menores recursos y redes de relaciones más débiles: capacitación para el trabajo, certificación de competencias, fomento a emprendimientos, agencias de (pre)selección de personal, apoyo al desarrollo de estrategias laborales de jóvenes en situación de desventaja, mejoramiento de los sistemas de intermediación aprovechando las nuevas tecnologías de información y comunicación.

Se necesita un salto cualitativo en la adecuación de la formación-capacitación a la nueva demanda laboral y al cambio técnico, y el involucramiento de múltiples actores -universidades, corporaciones de empresarios, fundaciones, ONGs y

empleadores, agentes de financiamiento, entre otros-. Un sistema nacional de formación y capacitación, con pasantías en empresas y conexión con empleadores, técnicamente actualizado y pertinente para los cambios en la oferta laboral, puede mejorar sustancialmente las opciones de jóvenes que no acceden a la universidad.

Los sistemas de certificación de competencias permiten adecuar el capital humano de los jóvenes al mercado laboral, mejorar sus opciones de encontrar empleo, reducir los tiempos de cesantía a partir de procesos permanentes de actualización de la capacitación laboral o conocimientos técnicos de los jóvenes cesantes y/o del reconocimiento de las habilidades que han desarrollado en el pasado. Incluir en la educación el fomento del espíritu emprendedor también es positivo siempre que no se restrinja a la meta de crear empresarios, sino también estimular habilidades, competencias y actitudes útiles e innovadoras entre los jóvenes en el mundo laboral en general, la vida del barrio, el trabajo voluntario y las organizaciones políticas, sociales, culturales, deportivas u otras.

El diálogo entre generaciones y actores del mundo productivo, juvenil y gubernamental es aquí fundamental. El trabajo del futuro debe ser socialmente más inclusivo, a fin de que las nuevas generaciones sean el cimiento de sociedades con mayor nivel de cohesión social, más equidad y mayor disposición a consensos en torno a estrategias donde todos los actores puedan participar. Pero también el trabajo del futuro debe incorporar nuevos saberes y formas organizacionales donde la juventud de hoy será protagonista mañana.

4. La familia: un espacio en mutación

La familia sigue siendo el núcleo irreductible de reproducción social en nuestras sociedades. Pero la magnitud de sus cambios en estructura, composición y vida al interior de ellas es enorme y acelerado en las últimas dos décadas. De modo silencioso y puertas adentro, el cambio en la vida de las familias es profundo y masivo en la vida cotidiana de nuestras sociedades. Cambia su estructura, con arreglos familiares cada vez más diversos y aceptados en su diversidad (familiares nucleares biparentales y monoparentales, familias reconstituidas, familias unipersonales, familias extendidas, familias no formalizadas, mayor proporción de niños nacidos fuera del matrimonio formal, y familias con parejas del mismo sexo). Cambia su economía, porque disminuye la tasa de dependencia (menos hijos menores y más participación de la mujer en el empleo). Cambia su composición, con familias más pequeñas, más peso relativo de hijos jóvenes vs. niños, más dilación en la autonomía económica de los hijos en los sectores medios y altos.

¿Qué ocurre con los cambios en las familias donde vive la juventud? En América Latina, la mayoría de los y las jóvenes de las zonas urbanas viven con sus familias y se concentran en los hogares nucleares (60,6% del total), sean biparentales (45,5%) o monoparentales (11,1%). En el total de hogares, los constituidos por jefes jóvenes alcanzan a sólo 12,2%, de los cuales 9,3% están a cargo de jefes y 2,9 % de jefas. Entre 1990 y el 2006, la constitución de hogares con jefes se ha reducido para los jefes

varones y ha aumentado para las jefas, y simultáneamente se ha reducido para los jóvenes jefes pero incrementado para las jefas jóvenes. Por otro lado, en las zonas rurales, la fuerte masculinización de la población, especialmente pronunciada en la juventud, conlleva a mayor dificultad para formar parejas.

La evidencia muestra la diversidad de estructuras familiares en que vive la juventud latinoamericana, el cambio acelerado en las relaciones en las familias, en los procesos y ritmos de autonomización de jóvenes, y en la distribución de roles por sexo. También la propia juventud recrea la percepción respecto del papel y las reglas que se adoptan en la familia. Esto es fundamental para la cohesión social, pues constituye el nivel cotidiano de aprendizaje en la convivencia, socialización de normas, formas de distribuir y legitimar autoridad, y definición de roles de género y edad.

De particular interés es que cambian las relaciones de poder dentro de la familia, con mayor tendencia a decisiones negociadas entre las distintas generaciones y más cuestionamiento de la autoridad parental. Esto ocurre sobre todo porque hoy los hijos acceden a más información que los padres e internalizan precozmente el valor de la autonomía y el discurso sobre sus derechos. Pero si bien las exigencias de autonomía moral se dan a edades cada vez más tempranas, las opciones y decisiones de autonomía material se dilatan cada vez más. Ocurre en las familias algo sin precedentes: una asincronía de muchos años entre autonomía moral y autonomía material. Padres conviven por mucho tiempo con jóvenes biológicamente adultos, que se atribuyen plena autonomía en decisiones, pero totalmente dependientes en lo material.

Con todo, las encuestas de opinión muestran la importancia que jóvenes entre 18 y 29 años siguen atribuyendo a las familias. Por otra parte, jóvenes que constituyen hogares independientes no necesariamente lo asocian a nuevos vínculos familiares formalizados por la ley, a paternidad y maternidad efectivas o previstas, o a proyectos de convivencia para toda la vida. La mayor participación de las mujeres en la generación de ingresos familiares de hogares con jefes jóvenes contribuye a que participen más en la toma de decisiones dentro del hogar y, poco a poco, en la redistribución de actividades en el núcleo familiar. Sin embargo, los cambios en valores y cultura, respecto del lugar que ocupa la mujer, van rezagados respecto de los cambios en el rol de las mujeres como generadoras de ingreso.

Si la familia seguirá siendo la unidad básica de reproducción social, pero también de transformación sociocultural, las consideraciones precedentes reclaman un diálogo entre generaciones respecto del futuro de la familia. Este diálogo tiene que plantearse las siguientes preguntas:

¿Cómo acompañar estos cambios en estructura, composición y vida familiar con nuevos arreglos institucionales pertinentes, que legislen para garantizar igualdad de derechos a jóvenes en distintos arreglos familiares, a jóvenes jefes de hogar formalizados y también no formalizados en matrimonio?

¿Cómo debatir públicamente la relación entre jóvenes y sus padres en circunstancias en que muchos siguen conviviendo en el mismo hogar, con crecientes asincronías entre independencia moral y autosuficiencia económica, o entre roles de

proveedores y roles de autoridad, y qué espacios abrir fuera de la familia para compartir con otros las incertidumbres que emanan de los nuevos patrones de convivencia?

¿Qué tipo de oferta pública debe promoverse para apoyar a la juventud en lograr mayor autonomía material y facilitar en tiempo oportuno y sin discriminación de género, la salida del hogar de origen y la formación de hogares autónomos?

¿Cómo incidir en la educación y la comunicación social para romper la reproducción intergeneracional de estereotipos de género (funciones rígidas atribuidas a las mujeres en las familias y hogares), y para que la juventud de hoy tenga mañana, en sus núcleos de convivencia, roles más flexibles en que se comparta tanto el trabajo remunerado como la economía del cuidado?

5. Derechos reproductivos y maternidad adolescente

El descenso en la fecundidad general en América Latina es notorio desde la década de 1970, por efecto de cambios socioeconómicos (más educación y urbanización), culturales (más información reproductiva, secularización, nuevos estilos de vida), de roles de género y de mayor acceso a métodos anticonceptivos. Las ideas de la contracepción y la planificación familiar están cada vez más difundidas y requeridas por las mujeres. Hoy ellas invocan su derecho a disponer responsablemente de sus cuerpos y funciones reproductivas, si bien enfrentan restricciones culturales, religiosas o económicas para poder decidir cuándo y cuántos hijos quieren tener. En el otro extremo, muchas mujeres tienen que postergar la formación de una familia y la reproducción a fin de mejorar sus carreras laborales.

Este descenso de la fecundidad general contrasta, sin embargo, con la maternidad adolescente, que desconcierta porque no se reduce. Casi una cuarta parte de las jóvenes entre 15 y 24 años de edad ha sido madre antes de los 20 años de edad. Entre los grupos socioeconómicos de mayores ingresos, menos de un 5% de jóvenes mujeres ha sido madre a los 17 años, mientras que, entre los grupos de menores ingresos la incidencia alcanza entre un 20 y un 35% de las jóvenes, dependiendo del país.

La maternidad adolescente, de mujeres hasta los 19 años de edad, incluye un alto porcentaje de casos no deseados, registra mayores riesgos de salud reproductiva que en madres de edades mayores, y además genera círculos viciosos de exclusión de una generación a la siguiente, dado que la mayoría de las madres adolescentes son pobres, de escasa educación, y con altas posibilidades de constituir hogares uniparentales sin redes de protección ni promoción sociales.

La iniciación cada vez más temprana de la vida sexual activa es una realidad que no se puede negar, y lo que corresponde entonces es plasmar políticas a la altura de los riesgos que tal fenómeno puede entrañar. Más aún considerando que la maternidad adolescente, por falta de acceso a servicios de prevención del embarazo en situación de vida sexual activa, afecta principalmente a las jóvenes de menos

educación, menos recursos, menos apoyo social, y luego las condena a la reproducción intergeneracional de la exclusión social. En otras palabras, para que la autonomía no implique mayores riesgos de exclusión, es necesario reducir tales riesgos.

De manera que en el diálogo entre generaciones no puede estar ausente el problema de la maternidad temprana no deseada y la consiguiente falta de derechos reproductivos efectivos entre las jóvenes. El tema es importante hacia el futuro por varias razones. Primero, porque los derechos reproductivos están consagrados en el derecho internacional y reconocidos por los países, e implican dotar a las personas de voluntad para decidir libremente cuándo procrear. En segundo lugar, porque las tendencias de la modernidad sugieren avanzar hacia un futuro con mayor autonomía para decisiones vitales, mayor control sobre situaciones que marcan la vida hacia delante, reconocimiento de los cambios reales en la vida sexual de los y las jóvenes, y mayor responsabilidad del Estado en el tema.

El diálogo generacional debe contemplar aquí acuerdos claros no sólo respecto de educación e información sexual en la juventud. Debe acompañarse esta información con servicios gratuitos y abiertos para adquirir métodos anticonceptivos modernos desde el inicio de la vida sexual activa, y también educación en responsabilidad compartida entre jóvenes varones y jóvenes mujeres, tanto en la prevención del embarazo como en la posterior paternidad y maternidad responsables.

6. Migración internacional: campo de oportunidades y riesgos

Marchamos hacia un mundo global de creciente fluidez en el movimiento de capitales, productos, servicios y personas. Las fronteras se hacen cada vez más permeables, el movimiento más a la mano, se crean redes a distancia entre connacionales en países de origen y de destino, así como migraciones de ida y vuelta.

Los datos recientes muestran el creciente porcentaje de jóvenes en el total de migrantes latinoamericanos que se desplazan hacia Estados Unidos y España, los dos principales lugares de destino fuera de América Latina. Por otro lado, casi un tercio de los flujos de migrantes internacionales del mundo están conformados por personas de entre los 12 y los 24 años.

Son varias las razones que hacen que la juventud tenga mayor propensión migratoria que el resto de la población: menor aversión al riesgo en esta fase de la vida, conformación de nuevos hogares con más autonomía en las grandes decisiones, ingreso a la universidad o incorporación a empleos que implican desplazamientos en función de oportunidades y capacidades que no pueden promoverse en el lugar de origen.

Para otros la migración es una historia más oscura, y les toca enfrentar obstáculos traumáticos que amenazan sus derechos al momento de su inserción al mercado laboral fuera de su lugar de origen. Quienes enfrentan mayores riesgos son jóvenes migrantes de bajos niveles educativos, quienes pertenecen a minorías étnicas,

indocumentados, quienes apelan a las redes de tráfico o son víctimas de la trata de personas.

La importancia del tema de la migración internacional en el diálogo generacional debe considerar diversos tópicos relacionados.

En primer lugar, hay que buscar un equilibrio justo entre el estímulo a moverse y el incentivo al retorno. En cuanto a lo primero, la facilitación del movimiento geográfico de la juventud es positiva para promover sus oportunidades productivas y formativas, así como la experiencia vital que implica conocer nuevos horizontes. Pero por otro lado el incentivo al retorno importa porque habitualmente la juventud adquiere conocimientos, capacidades y experiencia en el país de destino, que luego constituyen un aporte potencial de desarrollo en el país de origen. De lo contrario se da la situación lamentable de tener a la población más productiva fuera del país.

En segundo lugar, la migración internacional requiere mejorar las condiciones de recepción de los y las migrantes. Para ello el diálogo generacional debe cruzarse con un diálogo internacional que mitigue los riesgos y las discriminaciones que con tanta frecuencia involucran a la población migrante. Los gobiernos deben buscar acuerdos para regularizar situación de migrantes en derechos ciudadanos, evitar la sobre-explotación de migrantes, reforzar el control sobre trata de niños y de mujeres, acordar pasantías y trabajos estacionales, y disminuir costos de transacción en envíos de remesas, entre otros.

En tercer lugar la migración es una de las formas de difundir la cultura propia en el mundo. Esto es fundamental en el marco de una globalización donde la cultura está menos atada a lugares estancos y se ramifica allende las fronteras nacionales. En estos desplazamientos las culturas a la vez se difunden y se recrean. Por lo mismo, la preservación, el uso y el enriquecimiento de la cultura e identidad de origen tienen que ver con cómo las migraciones reproducen, recrean y difunden cultura en sus trayectorias nómadas. En este marco, el diálogo generacional debe considerar cómo hacer para que en un mundo de más flujos y menos stocks, la juventud se mueva llevando consigo sus culturas de origen; y retorne enriqueciendo esas mismas culturas con su experiencia vital vivida fuera de las fronteras nacionales.

7. Sentido de pertenencia

Un tema crucial de cara a la cohesión social en el futuro es el sentido de pertenencia de la juventud a la sociedad en que vive. Tal sentido de pertenencia pasa por la adhesión a valores compartidos, la credibilidad de las instituciones, formas reconocidas de participación, reconocimiento de los otros como iguales en derechos, nuevas prácticas comunicativas, y confianza en opciones de progreso futuro. Estos ámbitos de pertenencia son, a la vez, la contraparte “subjetiva” de la inclusión social, es decir, las formas en que la juventud expresa actitudes, expectativas y valoraciones ante opciones de que disponen para mitigar riesgos, desarrollar capacidades y acceder a oportunidades.

Tomando como fuente de información las encuestas de Latinobarómetro aplicadas en casi todos los países de América Latina, en general llama la atención que la juventud adhiere en menor grado a los referentes seculares de identidad que los adultos (patria, política, religión), si bien la mayor brecha generacional se da en la falta de compromiso práctico con estas identificaciones. Con todo, en una proporción importante la juventud de los distintos países aún se sienten parte de esa *comunidad imaginaria* que es la nación, si bien no se sienten particularmente orgullosos sobre el tema de la igualdad. Ello puede ser una señal del debilitamiento del “nosotros” en el imaginario juvenil.

Los y las jóvenes tienden a participar menos que los adultos en partidos políticos y votan menos que los adultos en las elecciones. Su adhesión incondicional a la democracia no es clara de acuerdo a las encuestas, con fuertes variaciones entre países. Por otro lado, la juventud es hoy más proclive a un tipo de participación informal, menos estructurada y menos institucionalizada. Tiende a distanciarse de la política en su forma instituida y representativa, para optar por formas más horizontales, locales-globales, en lógica de redes, en torno a ejes éticos y estéticos, y por vía de acciones directas y no necesariamente sistemáticas ni continuas.

La comunicación ejerce un papel cada vez más importante en la forma en que la juventud se cohesionan, sobre todo por el uso más masivo y versátil de las redes virtuales. Finalmente, si de una parte la juventud tiende a percibir un grado importante de discriminación en oportunidades de desarrollo, por otro lado muestra un grado relativamente alto de confianza en el futuro a mediano y largo plazo.

El diálogo generacional debe considerar todos estos nuevos signos en el sentido de pertenencia de la juventud, pues desde ellos se construye gran parte de la cohesión social en el futuro. Los desafíos que emanan para este diálogo son muchos, entre los que vale la pena destacar aquí los siguientes.

En primer lugar, el diálogo debe darse en relación a la política. O más bien, a cómo rearticular *lo político* (formas de acción colectiva en función de demandas, deseos y utopías compartidas), con *la política* (consagrada en los mecanismos procedimentales de la democracia liberal, y las instituciones de representación de actores e intereses). Para la juventud probablemente lo que está faltando es el nexo entre ambas cosas: los y las jóvenes son creativos y activos en *lo político*, pero distantes y desconfiados respecto de *la política*. El diálogo entre generaciones debe ser, pues, el lugar para pensar porqué el hiato, y cómo encaminarse a superarlo.

En segundo lugar, el diálogo debe plantearse el lugar de la juventud como sujeto y como objeto de políticas hacia el futuro. Desde la política y el Estado se ha construido al actor joven de distintas maneras: como moratoria y recurso humano (una fase etárea concentrada en prepararse para el futuro, sobre todo mediante la educación); como amenaza a la sociedad por considerarla una generación violenta, revolucionaria o desbordada (desde las políticas de seguridad nacional o seguridad ciudadana); como grupo vulnerable o de riesgo (desde las políticas de protección social); y más recientemente, como sujeto de derechos, sujeto de nuevas identidades,

y protagonista de transformaciones estructurales (desde las nuevas políticas de juventud, de justicia y de cultura).

En este marco heterogéneo, emergen en las últimas dos décadas instituciones públicas de juventud, leyes de juventud, sistemas de información de juventud y hasta la Convención Iberoamericana de Derechos de Juventud. Hay mucho acumulado, disperso e incluso contradictorio. Todavía no es claro el lugar de la institucionalidad juvenil y las políticas de juventud. El diálogo entre generaciones debiera ayudar en este horizonte, poniendo el acento en políticas que apunten a la juventud como actor protagónico, con sus identidades propias, sus sentidos de pertenencia y sus capacidades para el futuro.

Por último, el hecho de que la juventud siga viendo el Estado-Nación como gran referente de pertenencia, y ostente altos niveles de confianza en el progreso hacia el futuro dentro de la sociedad en que vive, constituyen señales muy positivas para la cohesión social; y deben llevar el diálogo generacional a pensar juntos, entre las distintas generaciones, qué significa esta “comunidad imaginada” llamada Nación, y como definirla –o redefinirla- a la luz de viejas y nuevas maneras de pensarla. En suma: *¿Cómo proyectar juntos hacia el futuro la idea de Nación, cómo recrear desde las nuevas generaciones la manera de vincular territorio con identidad, historia con proyecto, continuidad con cambio?*

Para concluir

Quisiera concluir señalando que desde la perspectiva de los y las jóvenes, su subjetividad es fuente de tensión entre el deseo de integrarse al mundo adulto y la voluntad de armar guiones propios de vida. La modernidad les pone a la vez frente a una novedosa oferta en alternativas de individualización, pero por otra parte los somete a requerimientos de estandarización para amoldarse a la educación y el empleo. La identidad de tantos jóvenes se construye en esta bisagra que vincula, pero tensiona, el legítimo anhelo de inclusión social y la pregunta por el sentido y las opciones de esa misma inclusión.

Finalmente, la individuación también se extiende bajo la forma de mayor reflexividad. Las incertidumbres suscitadas por los cambios en la vida familiar, por las dificultades de inserción laboral y por el mayor relativismo en valores, sumadas al mayor acceso a información y a los consumos simbólicos, exacerban las preguntas respecto del lugar propio en el mundo que nos rodea. Dicho de otro modo, con más información a la mano, menos estabilidad en sus vidas y más libertad para reorientarla, los y las jóvenes se ven empujados a pensarse a sí mismos y “su lugar en el mundo”. Para ello cada cual tiene que sintetizar información y fraguar, con ello, relatos de sentido a su manera particular.

Para que estos relatos de sentido no se desvanezcan en los pliegues del tiempo, el diálogo entre generaciones importa.